

BABEL

Revista de Arte y Crítica

Se publica cada dos meses

ENERO - FEBRERO 1946

SUMARIO:

<i>González Vera</i>	GABRIELA MISTRAL
<i>Gabriela Mistral</i>	POEMA INÉDITO
<i>Euclides Guzmán</i>	UNA VIÑA EN LA NOCHE
<i>Enrique Espinoza</i>	EL MITO Y LA HISTORIA
<i>Luque Hidalgo</i>	TERCERA CRÓNICA ARGENTINA
<i>Rodolfo Mondolfo</i>	QUÉ ES EL MATERIALISMO HISTÓRICO?
<i>Lain Díez</i>	DON PEDRO GODOY

Santiago **31** *de Chile*

EDITORIAL "CULTURA"

presenta la novedad literaria del año:
COLECCION «LA HONDA»
bajo la dirección de *Nicomedes Guzmán*

Doce autores, doce títulos: una síntesis extraordinaria de la realidad actual de Chile a través de la interpretación de nuestros mejores noveladores nuevos

- | | |
|---|---|
| EL GOLFO DE PENAS,
<i>por Francisco A. Coloane</i> | UNA CASA JUNTO AL RIO,
<i>por Gonzalo Drago</i> |
| SINFONIA EN PIEDRA,
<i>por Raúl Norero</i> | TIERRA EN CELO,
<i>por Juan Donoso</i> |
| VENTARRON,
<i>por Reinaldo Lomboy</i> | LA BODA DEL GRILLO,
<i>por Nicasio Tangol</i> |
| PAMPA VOLCADA,
<i>por Mario Bahamonde</i> | SEWELL,
<i>por Baltazar Castro</i> |
| COMARCA DEL JAZMIN,
<i>por Oscar Castro</i> | SOBRE LA BIBLIA, UN PAN DURO,
<i>por Andrés Sabella</i> |
| POR EL ANCHO CAMINO DEL MAR
<i>por Guillermo Valenzuela</i> | LA NOCHE Y LAS PALABRAS,
<i>por Eduardo Elgueta</i> |

Valor de la suscripción \$ 250.- No se venderá por tomos separados.
por los 12 volúmenes:

SOLICITE PROSPECTOS Y SUSCRÍBASE EN:

LIBRERIA DE LA EDITORIAL CULTURA
Huérfanos 1165 — Teléfono 81291 — Casilla 4130

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE **LIBRERIA UNIVERSITARIA**

*Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,
2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451*

OBRAS EN VENTA:

- | | |
|--|---|
| Alonso, Amado,
<i>El artículo y el diminutivo...</i> \$ 10.- | Lira, Pedro,
<i>El Código Civil y el nuevo derecho...</i> 60.- |
| Amunátegui S., Domingo,
<i>Las letras Chilenas...</i> 25.- | Mardones, Francisco,
<i>Curso de Geometría Descriptiva</i> 120.- |
| Anabalón, Carlos,
<i>Tratado Experimental de Derecho Procesal Civil Chileno...</i> 200.- | Pinilla, Norberto,
<i>La generación chilena de 1842.</i> 40.- |
| Castro, Américo,
<i>Conferencias dadas en la Universidad...</i> 25.- | Pinilla, Norberto,
<i>Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral...</i> 10.- |
| Laharca, Amanda,
<i>Historia de la Enseñanza en Chile...</i> 50.- | Pinilla, Lagos y Rojas,
<i>Panorama literario de 1842..</i> 15.- |

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN
ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

BABEL

Revista de Arte y Critica

Director: ENRIQUE ESPINOZA

1946

Santiago de Chile

VOLUMEN VIII
NUMERO 31

Gabriela Mistral

LA RELIGIÓN NO PUEDE ELEVARSE
POR ENCIMA DE LA MENTALIDAD DEL
ADORADOR. EL CIELO GUARDA SIEMPRE
ALGUNA PROPORCIÓN CON LA TIERRA.
EL DIOS DE UN CANÍBAL SERÁ UN CA-
NÍBAL, EL DE LOS CRUZADOS, UN
CRUZADO, Y EL DE LOS COMERCIANTES,
UN COMERCIANTE.

EMERSON.

Lucila de María Godoy Alcayaga nació a las cuatro de la mañana, el 6 de Abril de 1889, en la ciudad de Vicuña.

Su padre había renunciado en Enero al cargo de preceptor en la escuela de Unión, pero el Gobernador no dió curso a la renuncia y la retuvo hasta el mes de Abril y obligó al señor Godoy a cobrar los cuatro meses de sueldo. Esto habría sido mérito exclusivo del Gobernador si no media el hecho de que la familia estaba terminando de rezar una novena a la Virgen del Perpetuo Socorro.

Don Jerónimo Godoy, a poco de nacer su hija, le escribió unos versos. Vivían en una casa de dos habitaciones. Hizo una fuentecilla para que sirviera a Lucila de baño. La rodeó de plantas y árboles. La niña nació robusta y como su madre, doña Petronila Alcayaga, no pudo amamantarla sino pocos meses, fué criada con mamadera. Apenas pudo gatear se la dejó ir y venir por el jardín que había sido creado para su recreo.

Su padre, dos años después del nacimiento de Lucila, fué de preceptor a Cerrillos, en Ovalle. Desde allí envió recursos durante algunos meses y dejó de saberse de él. Pertenecía al tipo de chileno errante. Se supo después que dirigía un colegio católico en Santiago. El lo era. Su madre lo era más aún pues hizo que profesaran sus dos hijas. A él lo educó en el Seminario de La Serena — en donde aprendió latín, francés, dibujo y, tal vez, escribió sus primeros versos —, con la intención no disimulada de hacerlo seguir la carrera eclesiástica; pero él resistió. Deseaba vivir en el mundo y sospechaba que más allá de las parroquias la vida también era apetecible. Es-

te pensamiento lo llevó, en 1882, a Unión, caserío próximo a Vicuña. Allí ejerció el magisterio para ganarse el pan.

Cuando Lucila cumplió tres años la familia se fué a Monte Grande. Su hermanastra Emelina se empleó de preceptora y corrió con el sustento de todas.

La educación de Lucila comenzó con relatos de la historia sagrada. Fueron tan de su agrado que era menester recontárselos cada cierto tiempo. A los cinco años entró a la Escuela de Monte Grande y aprendió el silabario en quince días. Era una criatura tranquila y reconcentrada.

El padre regresó siete años después de su partida. Permaneció breve tiempo y volvió a partir, esta vez definitivamente, hacia el valle del Huasco. Allí estuvo hasta la hora de su muerte que fué en 1915.

Lucila se sintió impresionada. Lo recordaba con frecuencia. ¡Lo había visto tan poco! Un día, hurgando en cajones vedados, descubre manuscritos de él. Los lee. Dos poemas están consagrados a ella misma: «Piadosos los cielos te hicieron nacer, quizás te prepare a tí, hija mía, el bien que a tus padres no quiso ceder.» Lee y relee todos los papeles. La figura de su padre crece y pensamientos ambiciosos inician su germinación.

Es posible que los chicos de la vecindad no le merecieran confianza. En vez de hablar esculpe en panes de tiza, con un cortaplumas, figuras de rasgos finísimos. Pero esto no calma su sed de expresión. Su hermana Emelina la sorprende, más de una vez, espetando a un público de almendros, en el huerto de su casa, discursos sostenidos.

Sobresale en composición. Suele desarrollar el tema en verso. Sus condiscípulas creen que las tareas se las hace su hermana. Ella se indigna y en clase hace un retrato exacto y minucioso de una compañera. Así la duda es aventada.

A los nueve años recibe la comunión y escribe los primeros versos inspirados en su sentir. Eran dos estrofas. Está terminando el cuarto año escolar.

Observa que el río Coquimbo deposita en sus riberas cierta materia arcillosa. Con ella hace cabezas de personas, de perros, de caballos y diversas figuras.

Dormía en el mismo cuarto de su hermana. Apenas despertaba asía una historia o geografía e interrogaba a Emelina: ¿dónde está tal país, dónde tal ciudad, dónde tal río? Si su hermana no podía responder, le decía: «La pillé hermanita, la pillé.»

Su madre era un ser apacible. Solía cantar, en guitarra, con hermosa voz de soprano. Hacía los quehaceres de casa y cosía. La parte disciplinaria se la había abandonado a su hija mayor. Esta debía guiar a Lucila y cargarle la mano cuando fallara el verbo. Como su oculto destino era vivir para éste no fué castigada más de dos veces.

Los primeros versos que le enseñara su profesora y hermana, y que ella recitó en la escuela, fueron los de éste villancico: «¡Ay, Manolito — qué triste estás! — entre pajuelas — y en un portal.»

«Ay que tirita — quiere llorar — qué pucherito — tan celestial.»

«Angeles bellos — cantad, cantad — gloria al Excelso — y al hombre, paz.»

Para que Lucila inicie su sexto año su madre la matricula en la Escuela Superior de Vicuña. Allí se aburre. Salvo las nociones de astronomía, que le interesaron, advierte que en los demás ramos repiten lo ya aprendido en Monte Grande. La directora, con esa seguridad de los bienaventurados, llama a su madre y le informa que Lucila adolece de «falta de inteligencia y desamor al estudio». Le aconseja que la dedique a los quehaceres de casa.

La madre se va con ella a Serena y termina el sexto en la escuela anexa a la Normal. Viven con las costuras que aquella hace y con una mesada de veinte pesos que les envía Emelina, cuyo sueldo era de treinta.

En 1903 Emelina contrae matrimonio con don José de la Cruz Barraza Rojas y se van a radicar a El Molle. El adque-

re una casa y abre un almacén. Entonces Lucila es una muchacha alta, silenciosa, que pasea sola. Conoce ahí a un joven empleado de ferrocarriles de quien se enamora.

La pobreza y la vocación la inducen a tomar un cargo de profesora en Compañía Baja, villorrio inmediato a La Serena. Se va con su madre. De día hace clases a los niños y de noche instruye a los trabajadores en lectura, escritura y rudimentos de aritmética.

Se echa al cuerpo cuanto impreso queda a su alcance. ¡Hay tan pocos libros en los pueblos! Tal vez se procura algunos en la ciudad, que cuenta con buenas bibliotecas particulares traídas por mineros ricos en sus viajes a Europa. Fuera de los versos paternos y los que aprendiera en la escuela, caen en sus manos poemarios quejumbrosos y (¡qué no es viable en este mundo!) varias obras de Vargas Vila.

Su espíritu está lleno de ímpetus, pero la rodean esos muros negros de la adolescencia. Su fuerza no encuentra cómo expandirse. El febriciente colombiano, que representa cuanto es previo al pensamiento, logra enrolarla a su palabrería sonante. Bueno es recordar que era popularísimo. Los anarquistas lo devoraban y no había joven que lo desconociera. Sus libros están llenos de negaciones y luces de Bengala.

Una composición de Lucila Godoy, titulada «La muerte del poeta», aparece en *El Coquimbo* de Serena, el 30 de Agosto de 1904. Es su primera contribución a la literatura nacional. Sus ideas se expresan en palabras como dolor, desgracia, muerte, etcétera.

Ya porque los relatos bíblicos de Emelina están latentes en su espíritu, o por secreta predilección, en sus escritos iniciales sus personajes se llaman Ruth o Ezequiel. Sus propias ideas, a veces, parecen trasunto del Eclesiástés.

El 25 de Octubre, en el mismo periódico, publícanse sus primeros versos: «En la siesta de Graciela.»

La joven escritora «era una niña alta y muy delgada, ligeramente rubia y de ojos verdes. Fumaba bastante, lo que

en ese tiempo debe haber sido un pecado muy grave.» La juventud de Serena habla de ella con admiración.

Siéntese maestra y quiere hacer estudios regulares en la Escuela Normal de Serena, pero el capellán don Manuel Ignacio Munizaga, se opone «porque sus ideas eran socialistas y un tanto paganas». Es el concepto que le han merecido las colaboraciones de Lucila. La supone incrédula y teme que propague este error entre sus compañeras.

La amargura de este rechazo, que le cierra el camino al magisterio, se aminora porque los miembros de la junta de vigilancia del Liceo de Niñas consiguen que éste la acepte como inspectora y secretaria.

Por «hacer las notas con sus propias palabras»— y no con el gélido vocabulario administrativo —, y por aceptar de alumna a una niña de clase inferior a la que el Liceo admitía, es amonestada duramente. Lucila renuncia y abandona el empleo. Es inútil cuanto hace la directora por retenerla. La muchachita no ha nacido para tolerar ni olvidar injurias. Se va de preceptora a la escuela de La Cantera.

La necesidad de asegurar su profesión la lleva a fines de 1909, a Santiago. Mientras rinde sus exámenes de competencia en la Escuela Normal número uno, en el norte el joven ferroviario se da un tiro y muere. Lucila presenta al examen de botánica una prueba en verso. Es aprobada en todos los ramos. A continuación ¿lo solicitó ella? se la nombra profesora en Barrancas. A los pocos meses es destinada al Liceo de Traiguén como profesora de higiene.

Gana más dinero. Destina a libros cuanto puede. Una gran felicidad la invade cuando adquiere la primera Biblia. Será por siempre su libro de cabecera. Descubre a los rusos y a los escandinavos. De Traiguén es mandada al Liceo de Antofagasta para que enseñe historia. Conoce gente, se vincula a las personas de mayor cultura. Sigue leyendo como si se lo prescribiera el médico.

A fines de 1912 viene al Liceo de Los Andes, que acaba de fundarse, en calidad de profesora de castellano e historia.

Emelina también es nombrada para que enseñe castellano y religión a la preparatoria superior. Gabriela se va a vivir a las cercanías, al pueblo de Coquimbito. Es un atavismo campesino. Dondequiera se establezca busca un lugar de aspecto campestre para vivir. Tal vez el pueblecito le evoca, por su nombre, la región en que viviera sus primeros años.

En Los Andes causa espectación. Viste con gran sencillez, casi con austeridad. Peina sus cabellos hacia atrás y anda erguida lo que, por su altura, le da una figura singular. Tiene el aspecto de una joven matrona. Entre las alumnas provoca sentimientos encontrados. Unas la admiran en el acto y otras se resisten a admitir su desaliño, su carencia de coquetería que altera un firme concepto femenino. Sin embargo, la mayoría escribe luego con su letra grande y redonda, que parece no caber en ninguna página, se despreocupa de la vestimenta y procura hablar con su voz. Las clases de castellano las hace con un brío y un interés que deja huella. Parece que la historia le gusta menos porque enseñándola su verbo se enfria.

Las alumnas más apegadas a su persona advierten que usa cuadernos y libretas para anotar cualquier idea hermosa que halle en sus lecturas. En otro cuaderno fija sus propios pensamientos y aquellas observaciones que le ofrece el ambiente.

En Coquimbito escribe y lee cada día. Guyau, Guerra Junqueiro, Amado Nervo, Goethe, D'Annunzio son algunos de sus autores de entonces. Allí escribe sus *Sonetos de la Muerte*. En ellos evoca al joven ferroviario suicida. Están impregnados de un gran aliento bíblico y de una fuerza patética que es suya propia. Procura hablar cristianamente, pero en seguida la asalta el recuerdo de una veleidad que él tuviera, y dice: «porque a este hondor recóndito la mano de ninguna — bajará a disputarme tu puñado de huesos.» Le reprocha luego: «tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.» Y pronto su voz se torna en alarido: «¡No le puedo gritar, no le puedo seguir! Su barca empuja un negro viento de tempestad.»

Ordena al Señor como lo hacían antes los profetas: ¡Arrán-caló, Señor, a esas manos fatales — o le hundes en el largo sueño que sabes dar!» O «recoge mi cabeza mendiga, si en esta noche muero.» «¡Di el perdón, dílo al fin!»

Trata a Dios como a un igual y a las vírgenes les enros-tra su indiferencia. Así, a la de la Colina, con todas sus le-tras, le echa en cara: «¡Y qué esquivas para tus bienes — y qué amarga hasta cuando amé!»

Su Dios no es esa suma de perfecciones y bondad elaborado por el catolicismo. Es el Dios humano, implacable, iracundo que quema ciudades en Judea. Ella lo sabe y le advierte: «¡No tengas ojo torvo si te pido por éste!»

Empero, aunque define a Dios: «creo en mi corazón, el reclinado — en el pecho del Dios terrible y fuerte», suele zozobrar en su fe: «Y pienso que tal vez Aquel tremendo y fuerte — Señor, al que cantara de su fuerza embriagada,— no existe, y que mi Padre que las mañanas vierte — tiene la mano laxa, la mejilla cansada.»

Sea por coincidencia, sea porque la Biblia fué su libro de niña y de mujer, hay en ella una tremenda pasión ética. Si no existiera Dios querría hacer de nuevo a los hombres o someterlos a espantosas pruebas de perfección. Se acerca a Cristo, a quien ama, no para rogar por alguien sino para susurrarle: «estas pobres gentes del siglo están muertas — de una laxitud, de un miedo, de un frío! — ¡Ni el amor ni el odio les arrancan gritos! — Tienen ojo opaco de infecunda yesca — tienen una boca de suelto botón — mojada en lascivia... — ¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo! — Si ya es imposible, si tú bien los has visto — si son paja de era... ¡desciende a aventar!»

En sus conversaciones con Dios, fuera de reclamar su auxilio como algo a que tiene derecho, está siempre defendiendo lo suyo con gran entereza. Nunca hay poquedad ni quebranto en su ánimo, salvo cuando pide a Amado Nervo que diga al Señor: «que somos huérfanos, que vamos solos, que tú nos viste.»

Hay en su obra poética una constante, que compete a su vida de mujer: la evocación del joven ferroviario, que aunque puso su voluntad en morir no lo consigue del todo, porque ella lo está desenterrando constantemente, según sea mayor o menor la intensidad del agobio que le causa; otra es su pasión por el niño cuya huella late en muchos versos perdurables. Hay también en su obra el afán irrefrenable de dar a la vida un fin ético, afán que la mantiene en lucha contra el modo de acaecer de las cosas.

Envía sus sonetos a unos juegos florales. El 12 de Diciembre de 1914, desde la galería del teatro en donde se proclama el resultado oye, anónimamente, que ha sido agraciada con el premio mayor. Víctor Domingo Silva con su cálida voz lee para los auditores los sonetos.

Desde ese instante su pseudónimo de Gabriela Mistral —elegido como tributo a d'Annunzio y al viento de Provenza— vuela por América. Todos los periódicos literarios reproducen sus versos, los aprenden los maestros, los recitan los niños, entran en las antologías, pasan de una lengua a otra; los compositores buscan en ellos inspiración. La Universidad de Chile, de ordinario meticulosa, le da sencillamente el título de profesora de estado.

Cada vez que puede viene a pasar unos días en Santiago. Jerónimo Lagos Lisboa la visita en una pensión ubicada cerca de la Plazuela de Santa Ana. La conversación dura cinco horas. Ella dice que ha nacido para creer, y busca a Dios.

Con Jorge Hübner Bezanilla y Adolfo Allende Sarón va a una sesión de teósofos.

La conocí en la oficina de *Selva Lírica* en 1918. Es alta. Del cabello al pie todo en ella es sencillo y como austero. Tiene grandes ojos verdes y límpidos; nariz aguileña, como la del pueblo que ama; su boca se deprime en las comisuras. Al hablar suele mover sus manos blancas, de hermosos y largos dedos. Anda, acaso por cierta debilidad de los tobillos, con un paso lento y señorial. Pero todo esto es nada cuando sonrío.

Vaya a donde vaya la siguen literatos y maestras. No la dejan durante el día y la abandonan en la noche, ya tarde, con un poco de tristeza, sólo porque comprenden que también necesita dormir.

En casa de Panchito Aguilera se hospedó en varias venidas. La concurrencia, de poetas, escritores hasta en número de veinte personas, se reunía en su cuarto desde medio día. Si ella no tenía que hacer alguna diligencia allí se quedaban todos y tomaban onces, comían y más tarde bebían un poco de te, fuera de que en los intervalos les daba dulces y pasteles que adquiría por mayor. Suelo pensar que Gabriela Mistral en esa época debió sufrir las más atroces estrechuras.

En la mañana la visitaban de preferencia pastores protestantes, militares retirados, teósofos, profesoras, vendedores, inventores, funcionarios y tipos muy extraños que vistos en la calle hasta podían infundir miedo. Nunca supe cómo empezaba el contacto ni lo que decían estas personas. Al parecer ellos tampoco sabían qué los movía a visitarla. Llegaban como dormidos y se sentaban. Ella sonreía. Inmediatamente se iluminaban y parecían flotar en una atmósfera sedante. Gabriela Mistral inclinaba la cabeza y decía unas cuantas palabras. Su voz tiene un tono algo monótono que agrada desde el comienzo. Es una voz que gotea. Ella sigue con su voz de lluvia lenta. Habla del campo, la política, la enseñanza, la poesía y de mil cosas más. Cualquiera que sea el tema ocurre lo mismo. Cada uno de los oyentes se siente ennoblecido; los sentimientos más enaltecedores se adueñan de ellos y las pequeñas congojas de la vida rutinaria se esfuman. Cuando es inevitable irse, lo que sucede lo más tarde posible, muchos sienten alguna contrariedad. Querrían quedarse allí para siempre. Se van sólo porque adivinan que otros sujetos con el alma en pena esperan el turno de la tarde.

Esta emanación cordial, que escapa a todo examen, que no reside en sus palabras ni en su voz, pero que de manera segura anima y transporta a preocupaciones superiores a quie-

nes la reciben, es una virtud extraña. En grado menor la tenía don Pedro Godoy. La tiene Pedro Prado.

La última vez que estuvo en Chile, Gabriela Mistral se hospedó en una mansión que dispone de dos salones amplios. Manuel Rojas me contó que estos se llenaban desde temprano con damas y tipos inclasificables que esperaban resignados, como en las antecelas de los médicos. Cuando ella aparecía los más audaces se avalanzaban para rodearla y oirla y los demás aguardaban su paso a lo largo de los salones para recibir lo suyo: una frase, una sonrisa, un gesto de sus manos.

De Los Andes es elevada a Directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas. Allí editó una revista y se conquistó a todos los habitantes. Pero el clima le dejó penosos recuerdos.

El Mercurio solicitó su colaboración y le fijó un sueldo que le pagaba aunque no escribiera.

En Agosto de 1920 la encontré de directora del Liceo de Niñas de Temuco.

Fuí a esa ciudad para evitarme un ligero carcelazo. El juez Astorquiza estaba haciendo apresar a todos los anarquistas que habían pertenecido al Centro de Estudios Sociales «Francisco Ferrer», donde se hablaba cada domingo. La medida era absurda pero se estaba cumpliendo.

Entre sus profesoras estaba la escultora Laura Rodig, la pintora Luisa Fernández y una alumna suya de Los Andes: Estela Gutiérrez. Creo que había otros rostros amigos.

Disfruté de su hospitalidad casi a diario. Iba en las tardes o en la noche. La oía hablar y después poníamos discos. Le gustaba el *Kol Nidre* ese canto judío que seca la alegría, y tenía debilidad por el cante hondo. Una noche me hizo oír al Niño de Medina: «niño desnudo — desnudo y descarzo — yo tampoco tengo mare», que se canta con sollozos y anonada el ánimo. Se me grabó tan fuertemente que su endemoniada entonación no me dió tregua a través de muchos años. Casi a pesar mío intenté cantarlo, sin acertar nunca en esas escalas de jipíos que lo constituyen.

Cuando viví con los Gandulfo, en la calle Vicuña Mackenna, procuraba ensayar mientras me rasuraba. Un día una anciana española, que habitaba a la izquierda, llamó a Juan para que viera a su marido que estaba enfermo. La ancianita, después de la consulta, le preguntó al doctor:

—¿Quién es ese que canta como un sarvaje?

Desde entonces me conformo con recordar sus versos y buscar en mi memoria su temblorosa melodía.

A veces iba Pablo Neruda que era tan serio como delgado. Si Gabriela no estaba o no lo podía recibir en el acto aguardaba en silencio media hora o más. Pero cuando estaba a solas con ella sacaba de un bolsillo secreto su último poema en el cual, invariablemente, renegaba de la lluvia de Temuco, del barro de sus calles, reconociéndole, eso sí, a la húmeda ciudad, la virtud de albergar a la joven que inspiraba sus versos.

Un caballero de Santiago, que después se consagró por entero a los negocios — y que no escribió sino cartas breves y urgentes —, tuvo la debilidad de opinar sobre la poesía moderna. De sus artículos la palabra que no era error, era injuria. No se equivocaba jamás. Gabriela Mistral fué salpicada con su cháchara. Luego de desprestigiarse por escrito quiso probar suerte con el verbo. Presentóse de candidato a senador por Cautín. Era la época de un radicalismo ardiente, que los hermanos Picasso dramatizaban con sus disparos apenas cerraban el almacén.

El caballero, fiel a la tradición de los ricos, se hizo acompañar por matones empedernidos, ignorando que el clima local no era propicio debido a la balacera que empezaba con las primeras sombras y que solía sonar a pleno sol. Los matones fueron sitiados en el hotel y cuando uno intentaba asomarse, sólo por casualidad no le entraba una bala al cuerpo.

La policía hízolos salir de la ciudad y los escoltó, formando un anillo en torno de ellos, hasta la ferrovía, pues no fué posible conducirlos por los caminos públicos, porque muchos

voluntarios no encontraban qué hacer con sus revólveres. Por la ferrovía fueron llevados al pueblo inmediato para que tomaran el tren. Esto dió gran trabajo debido a que innumerables temuquinos, hombres tenaces y emprendedores, seguían por ambos lados de la vía, deseosos de aprovechar cualquier abertura de los guardianes para disparar al cuerpo de la canalla que iba al centro.

A pesar de la conducta heroica de los temuquinos, el caballero fué elegido. Era muy platudo y comenzó pagando cien pesos por voto. Entonces era una suma. Los miserables que vendían su voto se excusaban diciendo:

—¡Hay que sacarle algo a los ricos!

El triunfador, antes de venirse a Santiago, quiso conocer a Gabriela y se hizo acompañar por el intendente. Esta paseaba por el patio con un amigo y estaban frente al portón cuando los visitantes dieron el aldabonazo. Ella siguió andando y dijo a la hermana portera que avisara a los caballeros que había salido.

Cuando ella sentía confianza con una persona derivaba fácilmente hacia la crítica. Su familiaridad con la Biblia y su tremenda pasión ética la han hecho una inconformista permanente. Vale la pena oírlos en esos raptos. Sin embargo, también tiene el sentido del elogio. Por sus recados desfilan hacia el paraíso los varones más puros que ha formado el país.

No se aviene del todo con los individuos de lenta reacción, con los indiferentes y con los impasibles. Sin que dependa de mi voluntad doy la impresión de formar entre los últimos, tal vez por el poquito de sangre india que mi familia recibió al avocindarse en Chile. Más de una vez me amonestó por esa apariencia. Lo hacía con vigor notable y no podía menos que oírlo desdoblado. Terminaba por gratificarme, cuando decía la última palabra, con esa sonrisa suya tan benéfica. Además traía un poco de miel y hacía que en la victrola sonara el *Kol Nidre*.

Cuando un individuo le causaba una primera buena im-

presión, que luego desmentía con sus malos hechos, solía decir:

— ¡Qué petipieza de hombre!

Recapacitaba en silencio sobre el sujeto y repetía dos o más veces la misma frase que equivalía a algo peor que el diluvio.

Fuera de hacer clases y escribir, por fortuna no necesitaba ocuparse de más. El Altísimo le había arrimado un pequeño grupo de jóvenes que eran felices sirviéndola. La proveían de ropa, la ayudaban a vestirse y le hacían ligeras las pequeñas rutinas cotidianas. Conociéndola es comprensible el deseo de servirla. De no tener que ganarme la vida en lo que cayera, me le habría ofrecido de mozo sin ninguna reserva.

Como llegué a Temuco huyendo de Astorquiza, se me enquistó en el espíritu una sensación de inseguridad. Si un prójimo me miraba con insistencia, en el acto me parecía agente. Fué tan mortificante esta obsesión que hube de irme a Puerto Saavedra donde, por mediar un gran río y haber policía comunal, creí que me sentiría mejor. Gabriela me dió una carta para el poeta Augusto Winter, viejecito encantador que era tesorero comunal, bibliotecario, y fabricante de pajarritos en conserva. El mismo vigilaba el fondo en que se cocían ayudado por su madre, sus hermanas y un par de sobrinas. Estuve allí ocho días y la vergüenza me trajo de nuevo a Temuco. Muy luego fuí llamado por un diario de Valdivia. Es decir, un muchacho que no conocía, Ernesto Silva Román, hizo lo necesario para conseguirme el empleo. La humanidad, que guía nuestros pasos por el mundo, se valió de su generoso impulso para protegerme.

A mediados de 1921 volví a encontrar a Gabriela. Era directora del Liceo de Niñas N.º 6 de Santiago. Allí estaba con Laura Rodig, Luchita Fernández, Mireya Lafuente y esa mujer admirable que fué Celmira Zúñiga. Su fama creciente no le permitía aislarse. Debía ir de una parte a otra. Sólo recuerdo un acto de fin de año de su liceo. Estaba sentada en el patio muy seriecita y callada. Las alumnas hacían ciertas pruebas gimnásticas. Es posible que de vez en cuando

equivocaran los movimientos, porque ella lanzaba una o dos palabras que electrizaban a las muchachas y corregían de inmediato el trastorno. Antes no me habría figurado que tuviese tanta autoridad y tan de adentro.

Su nombre y la resonancia de su obra habían polarizado en México, donde servía el ministerio de educación don José Vasconcelos. En 1922 éste la llamó para que ayudara en la organización de la enseñanza rural. Fué recibida en Veracruz y Jalapa por el pueblo y las autoridades. Su equipaje era conducido a mano por sus desconocidos admiradores y doquiera fuese recibía atenciones que antes sólo se acordaban a los príncipes. Visitó casi todas las aldeas y ciudades de esa nación; escribió un libro de lectura para mujeres, que se imprimió en número de veinte mil ejemplares, nuevos poemas y una cadena de recados sobre personas y cosas de México. Su influencia sobre los maestros fué enorme.

Como acto de despedida el Gobierno le dió su nombre a una escuela modelo en la que se esculpió una estatua que la representa sentada. Además le dió los medios para que fuese a Estados Unidos y Europa (años más tarde, cuando Vasconcelos fué candidato a la presidencia — bueno es advertir que los militares no le gustaban ni fritos en aceite — dijo que si era elegido nombraría ministro de guerra a Gabriela Mistral. Quería sentar así su pacifismo).

Antes de partir a México, aunque era notoria su religiosidad, oscilaba entre el protestantismo y la tesofofía, si mi parecer no me engaña. Durante su estancia en tierra mexicana, como reacción contra las persecuciones que sufría la iglesia — error que asegura a los mexicanos un siglo más de influencia teocrática —, Gabriela se entregó de lleno al catolicismo.

A su regreso había en su vestimenta un elemento nuevo: tocaba su cabeza con un turbante. Quería conservar algo de su devoción por Oriente.

Casi al mismo tiempo de su llegada a México los profesores de español de Estados Unidos insinuaron al Instituto de

las Españas que editara sus versos. Así nació *Desolación*. La edición príncipe se hizo en Nueva York.

Se despide de los mexicanos y parte a Estados Unidos y luego a Italia, Suiza, España, Francia. Cuando vuelve a Chile obtiene su jubilación y se retira a su pueblo, pero muy pronto es llamada a Europa para trabajar en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual.

Tras una larga permanencia en Europa, cuyo pormenor va quedando en sus recados, vuelve a Norte América. Su fama es inmensa. En Puerto Rico se la declara hija predilecta. A donde llegue la recibe un gentío considerable con los presidentes, los ministros y los grandes funcionarios al frente. Donde faltan estos van los alcaldes y concejales. Ella es una especie de rey de América.

En todas partes la rodean los maestros y caen en sus manos la orquídea de oro, la flor del espíritu santo, el prendedor simbólico de los cuatro pétalos, la pulsera de oro, las flores esmaltadas y mil emblecos más que idean para demostrarle su admiración.

Tanto en Chile como en los demás pueblos se van creando escuelas, academias, ateneos, centros, sociedades, coros e institutos Gabriela Mistral. Cada persona o grupo quiere honrarla. Todos sus versos para niños tienen música. Los escultores modelan cabezas y bustos. Poetas americanos ensayan panegíricos y loas. La prensa lleva y trae su nombre. Ya no se pertenece, ya no nos pertenece.

Para descansar de las fatigas que le impone la fama, se va de Cónsul a Italia. En 1933, con el mismo rango, pasa a España. Finalmente el Gobierno, con la venia del Congreso, la nombra cónsul vitalicio. Puede ejercer su cargo en el país que ella elija. Esta gracia le ha permitido continuar su peregrinación por el orbe. No hay, y tal vez no ha habido, un chileno cuyo nombre se conozca más en el mundo.

Gabriela Mistral

Poema inédito *

*María, yo siento
que yo estoy florida
en el apretado
ramo de tu vida.*

*María, yo siento
que cuando tú cantas,
tu canción traspasa
mi vieja garganta.*

*Te dejé en un valle
profundo y pequeño
con el corazón
hinchido de ensueño.*

*¡Cómo estará el sol
en tu cabellera!
¡Cómo estará el valle
con su primavera!*

* Estos versos de Gabriela Mistral fueron escritos en México para su discípula predilecta de Los Andes, María Baeza, la poetisa de *Canciones para ellos*, que murió en Santiago el año 1936. Los publicamos por vez primera en homenaje a la esclarecida memoria de la que fué mujer de nuestro compañero Manuel Rojas.

A María Baeza la llamaban sus amigas «la hojita», apodo inspirado en el último verso de este poema.

B A B E L

*Mándame en un verso
la flor del espino.
Manda la saudade
del viejo camino.*

*Ponte como yo
me puse en la loma
y en un solo abrazo
todo el mundo toma.*

*Tengo dos porciones
en el pecho mío,
la una que es tierra,
la otra que es rocío,*

*y todo el rocío
sacudí en tus sienes.
Cuando tú cantas
sobre tu canto me tienes.*

*Sobre tu canción
estoy suspendida.
Soy como la escarcha
en la hoja dormida.*

Una viña en la noche

Conocí al hijo de mi vecino el mismo día que fué protagonista de un hecho señalado. Una coincidencia frecuente. Aunque había llegado con su padre hacía algunos años, como los nuevos propietarios de la viña que queda al otro lado del camino de nuestra casa, nunca había tenido hasta ahora la oportunidad de conocerle. Lo que deslinda al camino nuestro es en realidad un costado de la viña, de modo que su puerta de entrada queda a varias cuadras de la de mi casa. Circunstancia que explicaría tal vez en parte mi desconocimiento de su persona, si fuera necesario explicarlo.

Buscaba yo ese día a alguien que vendiese ladrillos y después de recorrer varias direcciones, llegué a la puerta de la viña, como pude haber llegado a otra parte cualquiera. Había allí un letrero desteñido que ofrecía ladrillos. Franqueando un portón grande, se podía andar bajo una emparrada extensa y verde, que da a las casas, sin que nadie le saliese a uno al encuentro. Al fin, sentado al borde de un corredor solado de piedra, un individuo joven limpiaba minuciosamente un fusil. Cuando me vió, se dispuso con gentileza a atenderme y me saludó por mi nombre. Comprendí que se trataba del hijo del dueño de la viña y pensé que yo debería también saber su nombre; pero como no era así, me limité a saludarlo con más efusión que a otro cualquiera y pronto comenzamos a hablar de ladrillos.

Esto fué en la mañana, en pleno día. Nada tiene de extraño que un individuo joven esté limpiando un fusil. Cuando lo hace tan minuciosamente se piensa que ha hecho ya su servicio militar y que es capaz de tomarlo y cambiarlo de mano con movimientos precisos y acompasados, con la familiaridad

con que uno maneja en la mesa el cuchillo. Podría incluso estar limpiando otra cosa cualquiera, y siempre habría dado lo mismo.

Pero de noche es diferente.

Cuando viene uno llegando a su casa en la noche, a la hora en que todo está dormido, y corre el cuidador de la viña del frente a decirle si puede prestarle un tablón para cruzar el canal, es diferente. A uno que viene pensando en cualquier cosa.

—¿Un tablón? Ah, sí. Un tablón para cruzar el canal. . .
¿Pero a esta hora?

—Es que el patrón pilló a uno robándole el alambre de la viña. . . . Y lo mató. . . . Y cayó al otro lado del canal. Recienquito. . . .

—Ah! Por aquí hay un tablón. . . .

¡Claro! Con el fusil recién aceitado. No se limpia un fusil si no es para matar a alguien. Lo extraño es que sea el mismo día. Que uno vea en la mañana al hombre joven limpiando el cañón minuciosamente y en la noche tenga que ver al otro que se puso frente al hoyo limpio.

Quedó de espaldas en el suelo, al borde del canal, con los ojos abiertos y un alicate en la mano derecha. La noche estaba abierta, clara, inmensa. Con un hombre helado de espaldas frente al cielo, frente a la luna, iluminándose la cara.

De noche todo es diferente.

Yo llego, miro al hombre detenido, en una postura sorprendida, sin dignidad de muerte, miro el alicate en la mano, también detenido, y no entiendo nada todavía.

También es un hombre joven. Era un hombre joven. Estaba con otros, robando, sacando los alambres de la viña. La guerra ha hecho encarecer el alambre, ha hecho que valga la pena robarlo. Y así provoca también la muerte. Este estaba con su alicate, tirando la hebra de alambre, como quien tira la hebra de la vida para aproximarse a la muerte. Hasta que lo vió el hoyo limpio del fusil. Y lo dejó ahí solo, mientras los otros huían. Con la herramienta detenida en la mano y la cara llena de luz, para que lo vean.

Es conocido. El cuidador de la viña dice que es uno que vive en la casita blanca del río, con su vieja y un hermano chico. Todo es muy sencillo. Conozco la casita blanca, con un caminito, por donde tiene que haber venido esa noche el hombre con el alicate, sacando la cuenta del alambre que podría juntar en la viña. Acá está el otro, que ya tiene limpio el fusil, aguardando para matarlo. Y lo mata. Todo es sencillo y lógico, pero aún así no logro entender nada, mientras la noche esté tan indiferente.

Llega luego el hombre del fusil, que había ido a las casas a telefonar a los carabineros. Llega a grandes zancadas, con el arma apuntando al suelo, buscando gente con la mirada.

— Al fin pillé a uno — dice — Hacía tiempo que esperaba dar una buena lección Al fin pillé a uno Hacía tiempo etc.

Pero la voz le tiembla demasiado. Y le suenan los dientes.

Quiere hacerse el héroe y el justo, para olvidar el miedo y no sabe que quien disparó fué el fusil. Cree que fué por su propia voluntad que dió el apretón al gatillo, y no sabe la verdadera realidad. El fusil, como todo fusil, desde que tuvo la forma de tal, buscaba afanosamente a alguien a quien matar. (Noto yo mismo que comienzo a comprender.) Con saña, con la tenacidad del acero, busca constantemente con su ojo redondo a alguien que se ponga a su alcance y nunca falta un dedo obediente que oprima el gatillo. Algunos llevan su impaciencia hasta el extremo de matar a su propio dueño, engañándolo. La obsesión fundamental es matar a toda costa. Y siempre prefieren penetrar en el corazón. ¿No se han fijado ustedes que la bala siempre dá en el corazón? El pobre hombre que lleva el fusil, en la oscuridad, apenas sabe que se le obliga fríamente a apretar el gatillo; sin embargo, la bala, en medio de la oscuridad, sabe encontrar el corazón del otro para perforarlo.

Ahora sí que comprendo. Me doy cuenta que el firmamento entero está detenido, inclinado, observando. A lo

mejor no ha sido una bala verdadera. ¿Quién podría afirmarlo? Este hombre tiene los ojos abiertos y asombrados como si lo hubiese alcanzado el extraño misterio de las constelaciones. Está ahí fulminado como si hubiese pretendido con su alicate fino tirar de las hebras pálidas de la luna.

Llegan los carabineros, ajenos a todo y pasan hablando fuerte por entre los curiosos. Alguien les pone el tablón para que crucen el canal y cuando todos pensamos que el primero que pase puede caerse al agua, cuando pasa, naturalmente, se cae. Suena el agua en el fondo y las blasfemias del carabinero. Lo sacan entre todos muy serios y le arreglan la ropa, como si hubiese cumplido un trámite necesario. Después, como ellos son ciegos, tienen que alumbrarle la cara al hombre de la luna con una linterna. Hablan con el que tiene el fusil y se lo llevan, mientras sigue éste diciendo que está muy complacido de haber hecho lo que hizo.

Inmediatamente que se han ido, sale de las sombras, como si hubiese estado aguardando, el padre de mi vecino. Mira al hombre inmóvil que está con la cara iluminada y abre un hoyo en la noche con voz fuerte y segura, para que todos le oigan:

— ¡Hay que acabar con todos los ladrones! ¡Hay que matarlos a todos! — Espera el efecto de sus palabras, que parece nadie ha comprendido y luego, al pasar junto a mí, le oigo apenas un murmullo entre dientes: — Pero no me gusta que haya sido mi hijo. . . .

Me retiro a mi cuarto con la extraña visión del hombre detenido y frío, con su alicate fino y la mirada llena de estrellas. Abro de par en par la ventana para quedar también de espaldas, mirándolas, con los ojos ya casi adormecidos.

La vieja, la madre, bajo el cobertizo de su casucha, la casita blanca del río, llora apenas con llanto suave y silencioso, mientras desgrana algo en una palangana. Desgrana y llora apenas, lentamente, para que el llanto le alcance para

toda la vida. Lo raro es que en la superficie de la mesa ondean lirios blancos. Recién florecidos.

Si su hijo hubiese escrito dramas, por ejemplo, en vez de tirar de los alambres interminables; y si hubiese sido muerto por la guardia civil, la muerte no habría sido tan helada y tan sola. Ni lo hubiese tenido que amamantar de su pecho moreno, esperando que crezca cada hora, cada minuto, cada día, para tenerlo ahora como un pesado remordimiento. Cómo poder en cambio tenerlo de nuevo en el vientre, poder tenerlo en embrión otra vez, para calentarle la muerte y guardarlo de miradas ajenas, que nunca comprenden. Con todas las esperanzas de lo que aun no se conoce.

El llanto suave se desgrana sin esfuerzo por entre los lirios blancos que van cubriendo cada vez todo el suelo. Un hijo es siempre heroico, mucho más cuando sus acciones no podrán ser gritadas en las calles. Es heroico siempre, mucho más cuando sólo queda su nombre. Antes, no se le conoce bien. Se sabe únicamente, cuando se le tiene, hombre sano, robusto, capaz de todo, que nadie podría matarle. Pero sale en la noche y desde que deja de vérselo, puede ya no regresar nunca. Ni usar ya de su herramienta fina para nada.

La vieja sigue arrullándose con su llanto lento.

De pronto aparece por el caminito, en su automóvil, el dueño de la viña. Pasa muy despacio, casi deteniéndose, para sacar la cabeza por la ventanilla y mostrar una grotesca cara de burla, como las máscaras de yeso de los teatros antiguos. Y lo que es más inesperado, como el bigote le deja un resto de dignidad, se lo saca con gesto picaresco y lo mantiene en la mano, delicadamente, como si fuera una mariposa. Yo trato, en ademán desesperado, sin conseguirlo, de tapar esta ingrata visión, para que no la vea la madre, y ella, al advertirlo, me sonrío con tanta dulzura como si yo fuera su hijo.

Cuando desaparece el automóvil, sale no se de dónde un muchacho pequeño, que debe ser el hermano, y comienza a pisotear concienzudamente los lirios, con entusiasmo fre-

nético. Al mismo tiempo los golpea con algo que tiene en la mano. Pero antes que alcance a llegar a un extremo, ya del otro lado ondean nuevos lirios, recién florecidos. Así sigue por mucho rato, jadeando, hasta que cae desfallecido, de espaldas. Entonces veo que lo que tiene en la mano es un alicate.

Me dan ganas de acompañar a la madre con un poco de llanto suave, sin estridencias, porque me gusta su llanto; pero tengo los ojos completamente secos y la espalda dolorida. Prefiero ponerme a tender un telón negro frente a la casa para que cuando se repita la escena del automóvil la mujer no pueda verla. Pero los brazos me pesan como si fueran de metal y además he perdido la facultad de hacerme obedecer por mi cuerpo.

Entretanto, el cuidador de la viña se ha llevado construyendo un complicado puente, para que pase el juez, cuando venga a visitar el sitio del hecho. Ha sacado, sin pedírmelos, gran cantidad de tablones y veo que los trata despiadadamente. Debo decirle algo, pero no sé si sería capaz de articular algunas palabras. El juez, pienso, llegará luego, ante la desilusión de la chiquillería, al ver que es un hombre como todos. Pero esta vez no es así, porque llega al fin, pero baja de un pequeño automóvil, con una toga negra y un diploma en la mano, como si acabara de graduarse. Cruza solemnemente el puente inconcluso y se arrodilla ante el cadáver. Toma en seguida el alicate de su mano y lo pone con cuidado en un hermoso estuche, que entrega a la madre allí presente, con una profunda reverencia. La mujer apenas puede ocultar su orgullo ante la ceremonia y dobla una rodilla con recogimiento. Los numerosos muchachos que rodean la escena estallan en una gritería desenfadada, tan cerca de mis oídos y tan aguda, que bruscamente me desdobra la vida.

Lo Amor, Enero de 1944.

El mito y la historia

A tal punto echábase de menos un genuino arquetipo heroico en Alemania, bajo la dominación de Hitler, que todo el mundo aceptó de buen grado y sin beneficio de inventario al pastor protestante Martín Niemöller como protomártir del nazismo anticristiano.

Una copiosa literatura, excepcionalísima desde muchos puntos de vista, exaltó en toda forma, fuera de Alemania, naturalmente, la entereza del clérigo luterano, que al cabo de un proceso espectacular los nazis metieron en un campo de concentración.

Hasta el mismo Thomas Mann puso en 1941 un prefacio apologético a los sermones de Niemöller editados en el extranjero. Y si bien lo recuerda ex-oficial de la Armada del Kaiser, comandante de submarino, antes de hacerse clérigo, el autor de Tonio Kröger asegura textualmente lo que sigue:

«Su sumisión religiosa incondicional, su disposición a adoptar medidas extremas, vienen de su tradición militar, son virtudes militares trasladadas a su nueva vocación.»

Thomas Mann sólo abriga temores de que físicamente Niemöller, a causa de la brutalidad nazi, no pueda guardar ya semejanza con su antiguo ser.

Pero en verdad, como se hace indudable al término de la guerra y comienzo de la liberación, Martín Niemöller había cambiado tan poco en este sentido como en el otro.

Contra toda lógica, parece que los sicarios de Hitler trataron mejor su cuerpo que su alma. Pues, por propia confesión del clérigo, consta hoy en negro sobre blanco que Niemöller se ofreció voluntariamente desde su prisión, en 1939, para

reasumir el cargo que tuvo en la guerra mundial anterior como comandante de submarino, y que no se hizo lugar a su solicitud.

Ahora bien, si para proclamar una esperanza tan fundada en la metafísica se alzaron urbi et orbi altas voces como las de Thomas Mann, aun no hemos oído el menor reproche de indignación en contra del célebre pastor tudesco.

Sin embargo, una gran responsabilidad intelectual pesa sobre quien ha escrito y recogido en libro estas palabras conminatorias:

«Nadie con corazón humano en su pecho puede dejar de esperar el día en que sea liberado Martín Niemöller; el día en que — no con angustia, sino con la resolución de la fe confirmada — tronarán de nuevo las estrofas de *Una poderosa fortaleza.*»

Cuando tales líneas cayeron bajo nuestros ojos en la versión española publicada por la editorial Américalee, de Buenos Aires, eran ya ceniza y en vano buscamos un post scriptum de Thomas Mann al final de las mismas. De seguro, el ilustre maestro no alcanzó a insertarlo, ignorante de la fecha de su impresión.

Confiamos en que ha de hacerlo y pronto en las «Hojas Alemanas» que anticiparon su texto original sobre Niemöller entre nosotros.

De lo contrario, él, que desde la época de *Mass und Wert* sabe hasta dónde no hay lugar en un mundo como el nuestro para la complacencia en el éxtasis religioso, habrá contribuido en grado máximo a dejar intacto un mito al que se opone la historia, empezando por la del propio Martín Lutero, auténtico precursor del hitlerismo (o histerismo) en más de un aspecto.

Tercera crónica argentina

En la última Crónica Argentina (Véase *Babel* N.º 27), señalaba al coronel Perón como la figura capital del movimiento nazi-clérico-militar inaugurado el 4 de Junio de 1943.

Esta posición se ha definido en estos últimos tiempos, y toda la política argentina gira ahora alrededor de su nombre.

En medio del desorden administrativo, que se ha agravado, el gobierno no es ahora más que una vasta empresa electoral, destinada a dejar a ese militar instalado constitucionalmente en la Casa de Gobierno. Es que Perón implica la garantía de que los hombres del gobierno no serán llamados a rendir cuentas de sus gastos y acciones. Por eso se habla, en el ejército, de la necesidad de «pedir garantías» si es que surge un gobierno civil; garantías de que no se investigará nada.

Aun cuando Perón haya renunciado aparentemente a todo cargo oficial y se haya retirado del servicio activo, sigue manejando los hilos del gobierno. Tiene en sus manos ese vasto mecanismo titulado Secretaría de Trabajo y Previsión, cuyos gastos fabulosos nadie sabe a ciencia cierta a cuánto ascienden; y la policía federal, convertida hoy en una verdadera Guardia S. S., armada en pie de guerra y dispuesta a hacer frente al ejército si se presenta el caso. Y cuenta además con todos los recursos del Estado a su favor. Mediante el estado de sitio, que subsiste sin término, puede reprimir a su antojo las manifestaciones populares que le sean adversas, trabar la acción de los diarios, monopolizar en su favor la propaganda callejera y radial y disponer de todos los medios de transporte del ejército y de la administración civil para congregar a sus partidarios.

¿Cuál es el capital electoral con que cuenta Perón para las elecciones del 24 de Febrero (fecha fijada por el gobierno a pedido del interesado)?

a) Aporte obrero.—Es innegable el apoyo de buena parte del sector obrero a Perón. En ese sector se encuentra la totalidad del trabajo no organizado, el «lumpenproletariat», y los obreros jóvenes, que acaban de incorporarse a las industrias surgidas por la guerra y que no han tenido ninguna instrucción política ni social. Agréguese a esto los elementos del hampa, esa población fluctuante y miserable, fronteriza a toda gran aglomeración urbana, que se llama a sí misma «los descamisados de Perón.» Todos estos elementos han sido fácilmente atraídos por las prédicas demagógicas de agitadores a sueldo de la Secretaría antes mencionada, intensificando sus rencores y sus complejos sociales de inferioridad.

Debe agregarse también el aporte de muchos gremios y de núcleos obreros serios y organizados. Esto es lo que da a este fenómeno su verdadera gravedad. Debe decirse, en descargo suyo, que estos gremios han conseguido de Perón, en 24 horas, mejoras y conquistas por las cuales habían bregado infructuosamente años enteros. Se están pagando las consecuencias del espantoso abandono en que los gobiernos anteriores han tenido a la clase obrera y su absoluta indiferencia ante los problemas sociales. Estos núcleos, con sus sindicatos cerrados, con sus dirigentes encarcelados, han sido fácil presa de la demagogia peronista. Muchos de ellos creen que con el advenimiento de Perón se acabará para siempre el reinado del capitalismo en la tierra, y lo creen sinceramente. El coronel es para ellos un padre, un protector, una providencia caída del cielo.

Naturalmente que no hay nada de eso, El coronel sabe muy bien que con descamisados no se gobierna, y ya han empezado sus tentativas de acercamiento hacia los industriales y terratenientes. El precio de cualquier arreglo con éstos será el abandono de todas las promesas obreristas; pero éstos no lo saben, y cuando lo sepan ya será tarde. Las me-

joras en jornales y en condiciones de trabajo suele compensarlas los industriales en dos formas, o elevando los precios de las mercaderías, o haciéndose subvencionar por el gobierno, como acaba de ocurrir con la Corporación de Transportes. De todas maneras, quien paga esas mejoras es el pueblo mismo y no el capital, por lo menos el gran capital. Se advierte, sin embargo, un ligero enfriamiento de los primeros entusiasmos obreristas por Perón. Lo que ha abierto los ojos a muchos de ellos es ver la catadura de los elementos que los acompañaban y guiaban.

b) Asociaciones fascistas.—Ya se ha definido la alianza de todas las asociaciones nazis, fascistas o nacionalistas con la causa de Perón. Esto da al movimiento su cariz hitlerista, desde las guardias de choque hasta los atropellos antijudíos. Suele afirmarse que Perón no es nazi — en realidad nadie sabe qué es — pero sí lo son su partido y los métodos que emplea de intimidación y violencia. Estas asociaciones fascistas se reclutan entre los miembros de la Acción Católica, la burocracia y alta burguesía, y entre los elementos que se han formado en las organizaciones patrocinadas, dirigidas y costeadas con fondos nazis desde los tiempos de Castillo.

c) El clero.—El clero se ha volcado íntegramente por Perón y su candidatura. Este es un síntoma grave, porque esta gente suele tener buen olfato y no se expone así no más a un traspie político. Pero como los católicos están divididos en dos bandos, en democráticos y fascistas, ya han comenzado los choques entre ambas facciones, entre los creyentes democráticos con los curas nazis, y vice-versa. En estos momentos se acentúa un fuerte movimiento tendiente a eliminar o por lo menos a moderar a elementos del clero públicamente sindicados como nazis y que hacían desde el púlpito y el confesionario descarada propaganda de sus doctrinas políticas.

d) Las fracciones radicales.—El partido radical es el más popular de la república; pero su desorganización, su falta de principios y de plataforma política permite que cada caudillo o caudillejo se alce con sus elementos y rumbo hacia

el candidato más seguro. Es así como muchos elementos radicales se han plegado a la causa de Perón, enarbolando títulos tales como «intransigentes», «colaboracionistas», «irigoyenistas», etc. Por un momento pareció que el partido radical iba a su dispersión, pero parece que ha conseguido eliminarse ese peligro.

e) El ejército y la policía.—En el ejército son peronistas los suboficiales y los oficiales de baja graduación. Lo es, asimismo, buena parte de la tropa. Los oficiales de alta graduación eran en su mayor parte adversos al coronel, pero han sido eliminados o desplazados por elementos más adictos a su persona. En verdad, la verdadera filiación del ejército es hoy una incógnita, que no se develará hasta que las circunstancias lo obliguen a entrar en acción. La marina se supone que es democrática.

La policía, en cambio, es totalmente peronista. Es ella la que tiene a su cargo la parte ejecutiva de la candidatura. Es la que organiza, periódicamente, la invasión de la capital por bandas de hampones que actúan con toda impunidad, o bajo su custodia, y cubren materialmente todo muro con inscripciones tales como: «Haga patria, mate un estudiante», o «Alpargatas sí, libros no», o «Argentinos sí, judíos no», etc. Las bombas de gases que se disparan contra los manifestantes peronistas suelen ser curiosamente inocuas, y sus cargas son recibidas por éstos con aplausos, como demostraciones de equitación. No ocurre lo mismo cuando carga sobre manifestantes democráticos. La policía federal es hoy un verdadero ejército, al servicio de Perón, y cuenta con todas las armas, inclusive aviación propia.

f) Apoyo internacional.—En este rubro puede incluirse el apoyo de los elementos y gobiernos fascistas — más o menos disimulados — de Sudamérica, y el fuerte repunte nazi que se observa en los Estados Unidos. (Un miembro del gobierno decía recientemente: «Nuestros «amigos» de los Estados Unidos están trabajando muy bien.»)

En cuanto a Inglaterra, ya hemos puntualizado en otra oportunidad su benevolencia hacia este gobierno, tan buen protector de sus intereses. Además, el próximo vencimiento de la ley llamada Mitre, que pone en manos del gobierno la suerte de los ferrocarriles ingleses, da a éste una carta infalible para atajar cualquier tentativa de intervención; de modo que no sólo no pueden nada hoy los ingleses contra Perón, sino que, a la inversa, estamos seguros de que una declaración de éste en el sentido de que Mr. Atlee le es persona poco grata provocaría una crisis en el gabinete británico. . . .

Veamos ahora las fuerzas contrarias a Perón:

a) La unidad política.—Conjunción de los cuatro partidos principales: radical, socialista, comunista y demócrata progresista. Por primera vez en la vida política argentina se ha logrado un entendimiento entre las fuerzas políticas que en campañas electorales anteriores se han combatido entre sí. Esta vez irán a las elecciones con candidatos únicos y con una plataforma esencialmente democrática. Se quiere aprovechar «la lección de Perón» y dotar al nuevo gobierno de un programa concreto de acción social y económico, respetando y ampliando las mejoras conseguidas por los obreros y estructurando — ¡por fin! — la economía nacional sobre bases sólidas y con miras al futuro desenvolvimiento del país.

Con elecciones libres, semejante conjunción de partidos es imbatible, y es por eso que nadie confía en que las habrá; y nadie duda tampoco de que el fraude electoral — si se realiza — dará motivo a la guerra civil.

b) La «intelligentsia». — Coalición de la inmensa mayoría de los estudiantes, profesionales, técnicos, profesores, escritores, artistas, etc., para trabajar en favor del restablecimiento de la vida democrática del país. Aunque en un régimen de fuerza y de violencia estos sectores pueden poco, constituyen en conjunto una fuerza enorme por la resonancia de sus actos en la conciencia pública y en el orden internacional.

Son ellos los que están trabajando para la estructuración del programa constructivo de gobierno a que antes aludimos.

c) La solidaridad social.— El riesgo común ha hecho surgir una insospechada solidaridad. Vallas sociales, económicas y religiosas se han atenuado, por lo menos mientras dure el peligro. Ocurre así este hecho pintoresco: el viejo oligarca (la palabra oligarquía es el «slogan» del peronismo; todo hombre que use cuello es, sin más ni más, oligarca), la rancia aristocracia terrateniente y ganadera se codea hoy con el proletario socialista o comunista en un frente unido, mientras del otro lado los gremios obreros — más o menos falsificados por la S. de T. y P. — hacen causa común con los nacionalistas para la imposición de un régimen fascista!

d) Las llamadas «fuerzas vivas». — Esto es, la banca, la industria y el comercio. Miraron con buenos ojos las medidas fascizantes de Castillo, pero ahora son furiosamente anti-peronistas, por lo menos mientras subsista la amenaza del coronel de distribuir entre los obreros el 25% de las ganancias. Lo que les asusta es la perspectiva de que éste pueda llevar a la práctica su desorbitado plan de «reivindicaciones obreras».

e) La ayuda exterior.— Es confortante la ayuda que recibe del exterior la causa democrática argentina. La prensa de los Estados Unidos ha asumido una actitud franca y valiente frente al gobierno de los militares, y el proyecto uruguayo es también una prueba de que no estamos solos en esta lucha. Y hay, por encima de todo, el clima moral que respira el mundo, y que no es propicio para la implantación de nuevas dictaduras, además de las que ya existen. La decidida tendencia de los pueblos de Europa a orientarse hacia democracias de izquierda es asimismo motivo de esperanza para los demócratas argentinos.

Es este el cuadro de las fuerzas antagónicas en el momento en que escribimos estas líneas (comienzos de Diciembre). Se podrá advertir que 1946 ha de ser un año crucial para la vida argentina. Lo que ha de suceder ese año nadie puede preverlo. La decisión está en manos de Dios; pero mucho me temo que Dios sea fascista.

¿Qué es el materialismo histórico?

Materialismo histórico es el nombre que Marx y Engels dieron a su concepción de la historia. El nombre tenía su justificación histórica en el hecho de que contra la concepción idealista de Hegel y bajo el influjo del humanismo naturalista y voluntarista de Feuerbach (*real Humanismus*, a veces bautizado equivocadamente de materialismo), los dos fundadores del comunismo crítico querían atribuir la función de principio motor de la historia al sistema de las necesidades humanas sociales, consideradas por Hegel solamente materia y medio de la razón. Pero ese nombre ha hecho suponer con frecuencia que la doctrina marxista de la historia se apoyara en el materialismo metafísico, que Marx y Engels, por el contrario, han demolido críticamente. Así su concepción de la historia — que Croce llamaría *realista*, y que mejor se diría crítico — práctica — ha estado sujeta a graves malentendidos. No solamente la *dialéctica real*, que Marx y Engels quisieron sustituir a la hegeliana *dialéctica de la idea*, ha sido interpretada (según frase usada también por Antonio Labriola) como *autocrítica de las cosas*, fatal y casi mecánica, que hace a los hombres *objetos* de la historia antes que actores y autores de ella, sino que el propio movimiento de estas cosas y de esta historia ha sido reducido esencialmente al ritmo automático de los procesos económicos. De modo que, según la opinión común, el materialismo histórico se ha convertido en determinismo económico, que es otra teoría, históricamente preexistente y concomitante con él, una de las teorías de los *factores históricos*, que hace del factor económico el demiurgo de la historia y su verdadera sustancia, reduciendo el resto a simple epifenómeno e ilusoria superestructura. Contra este blanco del determinismo económico se han desencadenado

Los golpes de los críticos y las tentativas de superación del marxismo, los cuales a menudo (Cfr. De Man) contraponen a tal deformada imagen del materialismo histórico precisamente los lineamientos que son esenciales y peculiares de su verdadera figura.

El materialismo histórico, en vez (como explicó Antonio Labriola) quiere precisamente superar todas las abstractas teorías de los factores con la concreta *filosofía de la praxis*. Y filosofía de la praxis significa concepción de la historia como creación continua de la actividad humana por la cual el hombre se *desarrolla*, o sea, *se produce* a sí mismo como causa y efecto, como autor y consecuencia a un tiempo de las sucesivas condiciones de su ser (Labriola). Al concepto del hombre movido fatalmente por el oscuro poder de la historia, Marx y Engels, ya desde *La sagrada familia*, oponen que «es más bien el hombre, el hombre viviente y efectivo, quien hace todo, quien posee y quien combate; la historia no es algo que se sirva del hombre como medio, sino nada más que la actividad del hombre que persigue sus fines». Y desde sus primeros escritos (Engels sobre Carlyle, Marx sobre *La cuestión judía*, *Los principios sociales del cristianismo*, *Glosas a Feuerbach*, *Contra el Volkstribun*, etc.), hasta los últimos (cartas de Engels sobre la concepción materialista de la historia), se repite este concepto, que el *Anti-Dühring* renueva contra la absurda afirmación del metafísico Dühring de que para Marx la historia se cumple automáticamente, sin la acción de los hombres (que, por el contrario, la hacen) y que estos hombres son movidos por las condiciones económicas (que son también obra de los hombres) como otras tantas figuras de ajedrez.» Y en *El Capital* Marx insistía: «como dice Vico, la historia del hombre se distingue de la historia de la naturaleza en que *nosotros hemos hecho* aquella y no ésta.»

Los hombres, pues, son los factores de la historia, y son tales por aquella fuerza viva de la *necesidad*, que el humanismo de Feuerbach había puesto en claro. Pero Feuerbach permanecía en el naturalismo, poniendo a la humanidad en relación

y en lucha sólo con un obstáculo y un adversario siempre externo y estáticamente igual: la naturaleza. Marx, en vez, realiza el tránsito al historicismo, poniendo a la humanidad dinámicamente en relación y en lucha continua consigo misma, es decir, con sus mismas creaciones históricas, con la propia actividad pasada, creadora de condiciones, de relaciones y de formas sociales. Así Marx alcanza la visión de la continuidad que se entrelaza y se liga con la oposición, de la unidad que se identifica con la misma dialéctica de los contrastes; de la historia, en una palabra, que recoge en sí las antítesis y las síntesis y se constituye con ellas.

El acicate para el movimiento y la transformación (esto es, la necesidad) no viene sólo de fuera (naturaleza), sino también, y mayormente, del interior de la sociedad. «La necesidad da a los hombres la fuerza: quien debe ayudarse se ayuda por sí mismo. Las cosas no pueden permanecer así, es necesario cambiarlas y nosotros mismos, nosotros hombres, debemos cambiarlas.» (*Volkstribun*, 1846). He aquí la praxis revolucionaria (*umwaelzende Praxis*) de las glosas a Feuerbach: «Los filósofos han buscado interpretar el mundo, pero es necesario cambiarlo»; como no se conoce y no se comprende sino haciendo (repite Marx con Vico), así no se cambian las condiciones exteriores, sino cambiándose a sí mismos, y recíprocamente no se cambia a sí mismos sino cambiando las condiciones del propio vivir. «La coincidencia del variar del ambiente y de la actividad humana sólo puede ser concebida y comprendida racionalmente como praxis revolucionaria o autotransformación» (*Selbstveraenderung*): actividad social que subvierte las condiciones existentes, subvirtiéndose a la vez a sí misma. He aquí la historia como praxis, más bien como *subversión de la praxis*, es decir, lucha constante. Lucha en el interior de la sociedad humana y en su desarrollo, en cuanto cada fase de este desarrollo exige un ajustamiento por el cual las *fuerzas* activas operantes se sistematizan en *formas* o relaciones jurídicas; que, por lo demás, representan el constituirse de intereses diferenciados, o sea de grupos, de

capas, de clases. Pero en estas formas se desarrollan nuevas fuerzas, y se desenvuelven por eso la escisión y la antítesis entre las fuerzas interesadas en la conservación de las formas constituidas y las fuerzas necesitadas de crecimiento y de expansión, lo que no pueden conseguir sino rompiendo la envoltura de las relaciones existentes. La historia de la sociedad humana es, así, enteramente historia de luchas de clases, en cuanto que es continuo conflicto de las fuerzas dinámicas contra la estática de las formas y de las relaciones constituidas. Son, sobre todo, fuerzas de producción contra formas de producción y relaciones de propiedad; porque entre las necesidades que estimulan las actividades sociales humanas hay una que es más general, fuerte e impelente que las otras: es el interés económico. En este respecto, puede representar en el curso de la historia casi el hilo rojo que señala el camino esencial. Pero no está nunca separado de las otras necesidades y de las otras formas de actividad, porque no es separable de su sujeto, que es el hombre, más bien la sociedad humana, en la cual todas las exigencias, tendencias y manifestaciones de la vida se unifican en inescindible relación de acciones y reacciones. No es, pues (como alguien cree que Marx haya pensado), el instrumento técnico, en el proceso de sus transformaciones, casi el demiurgo creador y dominador de la historia; para Marx (*El Capital*), la historia de la tecnología es historia de la acción creadora del hombre; historia que podemos conocer mejor que cualquier otra porque la hemos hecho nosotros mismos; y al hacerla nos hemos desarrollado nosotros mismos. Separado de los hombres y de las concretas condiciones históricas, el instrumento técnico se convierte en una categoría abstracta e irreal, incomprensible en su nacimiento, en su desarrollo, en sus transformaciones y en su acción social e histórica. Pero contra semejante separación, como contra todas cuantas escisiones características de la mentalidad abstracta (metafísica) que no entiende la historia y su concreción, el materialismo histórico reafirma con la *dialéctica real*, el principio de la unidad de la vida. No siempre causa aquí, allá siempre

efecto, dice Engels, sino cambio dialéctico, reciprocidad de acción, que de las falsas desagregaciones de cualquier teoría de los factores, conduce a la síntesis de una concepción unitaria. Aquí está la vida real; allá la disección anatómica; pero la historia es vida, y no análisis de un cadáver. Vida que es lucha, en la cual ni la forma ni las condiciones existentes pueden detener las fuerzas vivas que se vuelven contra ellas; ni las fuerzas innovadoras pueden obrar sino teniendo en cuenta las formas y condiciones existentes, aunque sea para subvertirlas y superarlas. En la acción histórica hay siempre el momento crítico (conciencia de las condiciones existentes, que son a la vez límites e impulsos de la acción) y hay el momento práctico (acción innovadora), inseparables siempre uno de otro. En esta unidad y recíproca dependencia está el carácter crítico - práctico de la concepción del materialismo histórico; contrario por eso a las dos opuestas utopías de la reacción conservadora y del revolucionarismo anticrítico. Contra ellas, afirma de una parte que cuando las fuerzas productivas entran en conflicto con las relaciones de producción y de propiedad existentes subintra una época de revolución social; por otra, que una formación social no muere antes de que sean desarrolladas las fuerzas que es capaz de crear, y se hayan formado las condiciones de existencia de las nuevas formas. Así, en su acción histórica, «la humanidad se plantea solamente los fines que puede alcanzar» (Marx); y el materialismo histórico, aun concibiendo la historia como un desarrollo continuo de *praxis revolucionaria*, ha podido ser definido por Sorel como «consejo de prudencia a los revolucionarios». La definición que mejor responde a su verdadero carácter es, pues, «concepción crítico - práctica de la historia».

Pedro Godoy

Hablar de Pedro Godoy en un acto público ⁽¹⁾ es quizás la manera menos adecuada para rendir homenaje a un hombre que rehuía la notoriedad y expresó lo más profundo y puro de su esencia en el círculo restringido del hogar, abierto sólo a unos pocos amigos de su predilección. Sin embargo, no he querido rehuir el honroso encargo de participar en la difícil y delicada tarea de dar a conocer algunos aspectos de su personalidad, porque tuve la suerte de conocer muy de cerca su método de trabajo, de presenciar la maduración de sus ideas y de adentrarme en sus concepciones fundamentales. Me limitaré a exponer en forma condensada sus ideas sobre la formación del ingeniero; pero intercalaré algunos antecedentes respecto a sus opiniones sociales y a su amor a la naturaleza, en cuanto estas materias contribuyen a iluminar el tema central. Si a veces lo pierdo de vista para incursionar en campos algo distantes, debe imputarse la falta de método a la misma complejidad del tema y del personaje, muy opuesto siempre a encasillarse, que me sorprendía con lo imprevisto de sus confrontaciones y la originalidad de sus razonamientos.

Pedro Godoy solía repetir un dicho de un profesional que fué su jefe y sirvió largos años en la Empresa de los Ferrocarriles, don Francisco Sayago: «Peón que no suda e ingeniero que no ingenia, no merecen su jornal.» Pero lo repetía con intención propia y con el propósito de hacer resaltar a un tiempo la identidad fundamental de las actividades respectivas y el carácter específico de la función de ingeniero. El ingenio

(1) Discurso pronunciado en el Salón de Honor de la Universidad de Chile el 8 de Diciembre de 1945, con motivo de cumplirse el primer aniversario de la muerte de D. Pedro Godoy.

se revela en la invención y el espíritu inventivo es propio del inventor. Al emparentar estas funciones y señalar al inventor como prototipo del ingeniero, nos apartamos de la clásica concepción formalista del profesional y funcionario, ya sea en la enseñanza o en la administración pública.

Reforzaba el sentido de su aforismo con este otro, original de un autor inglés contemporáneo: «Quien puede hacer, quien no puede enseñar.» Con esto no quería de ninguna manera rebajar el mérito de la función docente sino combatir la superstición pedagógica en virtud de la cual se atribuye a la instrucción impartida en los organismos oficiales, en cualesquiera de sus grados, una superioridad cualitativa sobre la que se adquiere al margen de ellos. Por el contrario, de las dos educaciones, la que uno recibe pasivamente concurriendo a las aulas, compuesta en su mayor parte de simple saber informativo, y la que se da uno mismo, amasado con saber inadvertido si se quiere, pero real e impregnado de experiencias personales, la de resultados más provechosos y eficaces resulta ser la segunda. Esta se adquiere, por lo general, en contacto íntimo con problemas concretos y junto a maestros que continúan una tradición. Incorporarse a una tradición, o sea un conjunto indefinible de experiencias particulares que se eslabonan y prolongan, ampliándose y generalizándose, de personalidad en personalidad y de generación en generación, constituye la esencia del arte de la ingeniería, el principio y el fin de la formación profesional.

Podemos llevar este análisis aun más a fondo. Hay dos saberes: el inadvertido o activo, y el advertido o informativo. El primero es inmanente, implícito y acompaña siempre a las acciones de los hombres: es la fuente de donde mana todo conocimiento positivo, toda cultura real. En cuanto al segundo, es el saber del que se impone de lo que otros dicen o hacen, y lo divulga, un mero reflejo de aquella labor inconsciente y oscura, de creación perpetua, que abre surcos en todos los campos humanos y fecunda las artes prácticas y las ciencias. El saber informativo, eje de la cultura oficial que con-

fiere grados, títulos, honores y aun prebendas, no es sino el trasunto falsamente idealizado del saber activo. Este surge de la práctica, ya sea en el laboratorio industrial o en la clínica, en la estación agronómica o en el foro, en el herbario del naturalista o en el gabinete del filósofo. Parte de lo concreto y vuelve a lo concreto, aun cuando haya menester de abstracciones sistematizadas a guisa de herramientas intelectuales para mayor eficacia de su labor de investigación.

Sin embargo, las supersticiones pedagógicas, dándose la mano con las tendencias al monopolio de grupos privilegiados, crean la ilusión de una superioridad intrínseca de lo formal y abstracto que degenera en el culto de la fórmula, del cálculo estéril que no conduce a las aplicaciones numéricas de un problema real. Conscientes de la debilidad orgánica del sistema en que la teoría precede a la práctica, sus defensores introducen ejercicios o aplicaciones; pero éstas y aquéllos no son sino un remedo imperfecto de los experimentos que a diario y en estrecha vinculación con problemas concretos debe resolver el hombre del terreno, el que crea el saber inadvertido y suministra los materiales para las especulaciones más diversas. Y este creador se encuentra después con el oficiante del templo que guarda las reliquias del saber advertido, quien le veda el acceso, no sólo al templo, sería lo de menos, sino a cualquiera situación de responsabilidad, hasta en las actividades que son de su competencia indiscutible y en que ha demostrado su capacidad.

Godoy presintió el peligro de estas tendencias al exclusivismo y al monopolio para el progreso de la ingeniería y la integridad del profesional. El privilegio es un factor de anti-selección y engendra decadencia. En estos tiempos en que nuestro país debe aceptar el imperativo de superarse para detener el avance arrollador de fuerzas absorbentes que tratan de acentuar nuestra dependencia económica y política, sería peligroso debilitar el temple de los luchadores creando un clima de blandura artificial. Por eso gustaba oponer el maestro al pedagogo, siguiendo al eminente renovador de los

estudios arábigos, Julián Ribera, cuya obra sobre la superstición pedagógica saboreó con deleite y en la que halló como un eco de sus propios pensamientos. Y en el campo de la ingeniería el maestro es el inventor. No sólo inventa el que descubre nuevos mecanismos y aparatos, sino también el que los usa y con su experiencia los perfecciona o aprovecha cada día mejor. Hasta las rutinas de trabajo deben inventarse, y la conservación misma de las instalaciones exige se inventen instrumentos y métodos que aumenten su eficacia para mayor economía de materiales, tiempo y esfuerzos.

Por eso también meditó sobre las reflexiones que Poincaré, maestro de ingenieros en la Escuela Politécnica de París antes de su irremediable decadencia, intercaló en su célebre Teoría nueva de la rotación de los cuerpos. Viene al caso y es oportuno traer a cuentas a este genial investigador porque su influencia y su método llegaron hasta nuestra generación a través de un profesor notable por el rigor, la claridad y la sencillez de sus demostraciones, don Raúl Obrecht, egresado también de aquel renombrado establecimiento.

Dice el sabio francés: «Conozco el carácter propio y distintivo del análisis algebraico y aun podría indicar con precisión en qué ha podido este arte perfeccionar la lógica ordinaria del discurso; sé todo cuánto deben los espíritus lúcidos al cálculo; pero trato de ilustrar a quienes se engañan sobre la naturaleza de este instrumento y al mismo tiempo prevenir el abuso que otros pudieran cometer con él en virtud de esta misma ilusión. Pues, no bien un autor ingenioso ha sabido alcanzar una nueva verdad, ¿no es de temer que el calculador más estéril corra a buscarla en sus fórmulas, como para descubrirla por segunda vez y a su modo, que reputa ser el bueno y verdadero; de suerte que ya nos consideremos deudores sólo de su análisis, y que el autor mismo, poco experto, o aun extraño a este idioma y a estos símbolos, bajo los cuales se le sustraen sus ideas, apenas se atreve a reclamar lo que le pertenece, y se retire casi confundido, como si hubiera inventado mal lo que con tanto acierto descubrió? ¡Artificio sin-

gular, que no he menester caracterizar más detenidamente, pero que conviene señalar como uno de los más nocivos para el progreso de las ciencias porque sin disputa es uno de los más indicados para desanimar a los inventores!»

El temor de Poincaré se vió confirmado pocos años después con el célebre pleito sobre la prioridad del descubrimiento del equivalente mecánico del calor, sin duda el hecho de mayor trascendencia en el desarrollo científico del siglo XIX, junto con la teoría de la evolución de Darwin. Como es sabido, fué un médico, Julio Roberto Mayer, quien por primera vez postuló este principio, no como verdad axiomática sino como una consecuencia de consideraciones sobre una máquina térmica elemental, que utilizó para expresar, también por primera vez, y mediante un razonamiento y un sencillo cálculo de aproximación admirables, el valor numérico del equivalente. Lo que sorprende y atestigua un profundo espíritu filosófico de síntesis en el sabio alemán, es que su punto de partida fueron meditaciones sobre los fenómenos energéticos fundamentales de la vida, la combustión fisiológica y el metabolismo, mientras desempeñaba un modesto empleo de métrico en la isla de Java, hoy teatro de menos constructivas lucubraciones. Hay similitud de carácter y circunstancias con Darwin. Ambos miran en torno a sí para buscar uniformidades en los fenómenos, y la inducción se generaliza. El físico agrega en seguida un desarrollo matemático, simple instrumento subalterno destinado a precisar la generalización y obtener después un valor numérico. El método no es apriorista como en muchos físicos matemáticos que sientan arbitrariamente una premisa y desarrollan imponentes cálculos para verificar por último si los hechos quieren encasillarse en las formas preestablecidas. No es de extrañar, por lo tanto, que Mayer recibiera la repulsa de muchos ilustres profesores de su época, lo que no sólo demuestra la insuficiencia filosófica del especialista sino cierta perversión de los pontífices máximos y de las instituciones que sirven y pretenden glorificar con su pontificado.

El método que propugna Poinso, es el que define como «natural y directo» en párrafos que omito por no extenderme demasiado, y que caracteriza la marcha cautelosa de Darwin y Mayer. El abandono de este método en beneficio del apriorista y analítico-abstracto es fatal para el desarrollo de universidades y escuelas técnicas. La evolución ulterior de la en un tiempo célebre Escuela Politécnica de París confirmó nuevamente los temores del sabio francés. Sorel, ingeniero civil, pensador socialista original, egresado de aquel establecimiento, así como Bouasse, el eminente maestro de la Universidad de Tolosa, egresado de la Escuela Normal Superior, han señalado con acierto y en concordancia con el pensamiento fundamental de Poinso los factores de esta decadencia de la Escuela Politécnica, entendiéndose bien, no en cuanto formadora de matemáticos y filósofos, no fué precisamente la finalidad que presidió su fundación, sino como plantel para formar ingenieros e investigadores de las ciencias aplicadas. El establecimiento cayó bajo la influencia de corrientes universitarias en que la especulación pura, desconectada del mundo industrial y sus problemas, desempeñaba un papel preponderante.

Godoy, familiarizado con la obra de Poinso, Sorel y Bouasse, en contacto con estos autores y otros de su vasto y rico patrimonio intelectual, maduró a la luz de su propia experiencia de ingeniero algunas verdades que a su vez determinaron sus ideas sobre la esencia y la finalidad de la enseñanza técnica superior. La primera verdad es que la ciencia y los progresos en general no van de un centro a la periferia, sino al revés. En cambio, la divulgación sigue un camino inverso, del centro a la periferia. Las escuelas técnicas son centros de irradiación de conocimientos que llegan de fuera, elaborados por individuos inmersos en la solución de problemas bajo la presión desarrollada por un sistema económico. Este se caracteriza por la tendencia al ahorro de materiales, de tiempo y de esfuerzos físicos y mentales. Este último aspecto determina también la evolución del pensamiento

científico, encargado de forjar las herramientas intelectuales, conceptos y leyes, necesarias para elaborar los conocimientos positivos que expresan aquella tendencia y la traducen a la realidad. Encontramos aquí una idea que informa la obra de Mach sobre la historia de la mecánica, obra que impresionó a Godoy por su análisis penetrante y por su luminosa presentación del encadenamiento de las ideas fundamentales en la ciencia madre de la ingeniería moderna.

De ésta que podríamos llamar filosofía primera del ingeniero, dedujo Godoy algunas consecuencias prácticas importantes. La primera se refiere al carácter de una escuela de ingeniería y a sus relaciones con el medio social. Desde luego, la escuela es un mero auxiliar en la formación del ingeniero, que dispone de medios variados para adquirir y asimilarse los conocimientos fundamentales si está incorporado a una tradición, y aun puede prescindir, si reúne ciertas condiciones de inteligencia y voluntad, de la asistencia regular a cursos orales. La importancia de una escuela está en que sus laboratorios, sus bibliotecas y sus investigadores pueden ayudarle al estudiante o al profesional a resolver sus problemas, estimularlo en la investigación de nuevos problemas y abrirle horizontes insospechados a sus facultades de realización. Si no cumple con estos requisitos, imprescindibles para la eficacia de su labor de divulgación, la enseñanza deja de satisfacer las exigencias que le imponen el desarrollo industrial y el progreso de la ingeniería en general, para convertirse en un mero eco de informaciones de segunda mano. En estas condiciones, la clase oral será un ruido que se grabará en la memoria del alumno; éste lo reproducirá imperfectamente en las interrogaciones o exámenes y se creará la ilusión de que se ha impartido un conocimiento real.

En otros términos, lo dogmático en la enseñanza, con ser necesario, no es lo más importante: lo fundamental es la existencia de tradiciones de investigación. Crearlas donde no existen o reanudarlas si se interrumpieron, es la esencia de todo trabajo útil y provechoso en la enseñanza superior. El

valor de una escuela de ingeniería está en razón directa de la medida en que realiza esta finalidad.

Se desprende cual corolario inmediato, que una escuela, si ha de ser un centro de investigación al servicio del progreso general, debe por fuerza establecer un contacto íntimo con la industria y con los especialistas que se han distinguido por su competencia; pero hay que saber distinguir entre la masa de los profesionales a los que verdaderamente han impregnado su obra con espíritu científico, a ejemplo de Godoy, y han realizado aquella solidaridad de la teoría y de la práctica, signo inequívoco de valer técnico y utilidad social. Lo que se llama cartel, por sí mismo no es un índice de superioridad intrínseca ni, por lo tanto, un guía seguro en la elección; a lo más, en muchos casos, revela cierta capacidad para explotar las cualidades medias de los hombres y hacerlos servir a determinados fines.

Otra conclusión importante se refiere a la base material de la enseñanza, los laboratorios. Son el cimiento de la tradición. La calidad de su contenido, la disposición de sus instalaciones, tanto para la enseñanza como para la investigación científica, su empleo racional, el partido que profesores y alumnos pueden sacar de sus recursos experimentales, eso es lo que da vida a una institución superior y la señala como factor positivo en el progreso material y espiritual de una colectividad.

Por último, Godoy, consecuente con las ideas esbozadas, tenía opiniones originales muy arraigadas sobre la selección del profesorado. En primer lugar, un profesor de ramos técnicos no debía, según él, llegar demasiado joven a la cátedra. La práctica profesional y la vida misma, con criterios de selección más reales que los que revelan los títulos académicos, debían otorgarle una patente de competencia. Sólo deben llegar a profesores, solía decir, aquellos capaces de consagrarse a su especialidad y de crear o continuar una tradición. Este criterio prevalecía en su apreciación de los profesores que demostraron en la historia de nuestra Escuela de Ingeniería

su labor creadora y progresista. Sentía un verdadero aprecio por hombres como don Arturo Salazar y el Dr. Juan Brüggén, y en lo que tales maestros supieron realizar veía la ilustración de sus ideas tocantes al carácter y misión de un profesor universitario.

Llegamos a un punto delicado, las relaciones entre la escuela superior y el medio. Aquí revela Godoy la unidad de su pensamiento y acción en todos los aspectos de su rica personalidad. Es el puente que une sus ideas particulares sobre la enseñanza y el papel de las universidades, con sus convicciones sociales. El medio social es el factor determinante. Los maestros en todas las artes y oficios, las autoridades en cualquier materia, se forman en las múltiples actividades de la vida social. Los lazos que aquí se crean, la interdependencia de las diversas acciones, engendran el conocimiento positivo, que puede prosperar y transmitirse con prescindencia de instituciones pedagógicas. Estas captan las corrientes del saber, que podríamos llamar subterráneas, para retrasmir algunas verdades dispersas y facilitar su divulgación. Su influencia, de útil, puede tornarse funesta, cuando pretenden colocar bajo su hegemonía la calificación de la capacidad para ejercer con exclusividad las funciones de creación y trasmisión del saber práctico y vivo. Estas funciones tienen sus leyes propias, y dentro de un concepto científico y social de la libertad, todo intento de perturbarlas mediante factores heterogéneos constituye una medida reaccionaria, no sólo por oponerse al progreso natural y espontáneo, sino por la reacción que provoca en el medio en que se desarrolla el conocimiento práctico y positivo. Y la colaboración simpática de este medio vital es condición necesaria para el propio desarrollo, prestigio y arraigo de las instituciones pedagógicas, que no pueden prosperar ni encontrar los recursos necesarios si les falta su apoyo moral y su estímulo fecundante.

Estas concepciones particulares son ramas desprendidas de sus convicciones básicas y de sus disposiciones de ánimo

innatas. Por reflexión espontánea llegó al materialismo, por temperamento era un amante de la naturaleza y de la libertad. La convergencia de sus ideas y de sus tendencias anímicas organizó su filosofía práctica, nunca sistematizada, mas no por eso menos definida, original y consecuente. Era un hombre recto, en quien se podía confiar. Esta característica es una prueba de la solidez y consistencia de su filosofía, superior a cualquiera demostración lógica. Probaba el movimiento andando, sin desviarse un ápice de la línea que por instinto y a conciencia habíase propuesto seguir. El ejemplo de su vida resolvió para mí un problema, de orden metafísico si se quiere, pero que no dejó de preocuparme durante mucho tiempo: la verdad intrínseca del conocimiento teórico. De él aprendí por fin que la práctica puede resolver las dudas teóricas, y que los programas deben suspenderse a un acto de fe, pero de una fe racional en la superioridad de los instintos altruistas, en la perfectibilidad humana, en la ayuda mutua y en la libertad.

Quizás el rasgo predominante de Pedro Godoy era su amor a la naturaleza, que resume toda su filosofía práctica. Se manifestaba este atributo por un sentimiento poético atemperado a su materialismo naturalista. Gustaba del paisaje y sabía gozar de la quietud de un bello atardecer; pero no dejaba que su espíritu vagara en forma caótica y se abandonase a ese blando romanticismo de los sentimientos que acompaña la contemplación en las almas inmaduras. A cada instante reaparecía el lazo entre sus inclinaciones fundamentales, y el recreo poético promovía el interés del naturalista. Quienes no hayan acompañado a Godoy en sus paseos a orillas del mar o por el campo, no pueden formarse una idea de la variedad de sus conocimientos botánicos y zoológicos, adquiridos como sólo un autodidacta puede hacerlo, a fuerza de mil lecturas heterogéneas y de observación personal. Sabía interesar vivamente porque los detalles con él no eran vana erudición; jamás perdía de vista las ideas generales y las relaciones de la parte con el todo, del individuo con el grupo y el

medio natural, de las funciones utilitarias con la finalidad aparente. Hasta en el esqueleto de los organismos animales buscaba la comprobación de las leyes de la resistencia que aplicaba en sus cálculos o explicaba en clase. Consideraba como un gran vacío de nuestra enseñanza que no existiese la carrera de ingeniero explorador, tan necesaria en un país que cuenta con enormes riquezas naturales en dilatadas zonas vírgenes o poco menos que desconocidas. Había pensado en el programa de estudios para preparar a estos ingenieros: astronomía práctica y geografía, incluyendo cartografía; geodesia y topografía; hidrografía, geología, zoología y botánica. Esta fué su verdadera vocación, el anhelo que circunstancias adversas no le permitieron volver realidad: satisfacía su amor a la libertad en el marco de la naturaleza no domeñada por el hombre, campo de atracción para el artista y el investigador.

Por lo tanto, podemos resumir el carácter dual de su genio y de su obra viva con el epígrafe: poesía y verdad.

*

Hay quienes han deplorado que Pedro Godoy no dejara casi labor literaria en el campo de su actividad social de los años juveniles. No comparto esta opinión. En nuestro país la grafomanía ya es endémica y esta plaga se ha visto agravada en los veinte últimos años por lo que se ha dado en llamar malamente tropicalismo. Esta variedad de la fraseología hiperbólica y redundante que la prensa, y no excluyo a la revolucionaria, vuelca en sus periódicos, es un fenómeno de compensación por una decadencia imposible de ocultar. El desprecio de la publicidad y del vano ajeteo literario de que hacía gala Godoy, que sabía escribir, es una reacción saludable y una enseñanza para quienes olvidan la misión fundamental del maestro que nos ha legado la antigüedad clásica: enseñar cómo quiera, dónde quiera y a quién quiera.

La influencia que irradia la personalidad en contacto íntimo, a la postre resulta de más eficaces y perdurables efectos

B A B E L

que la palabra escrita que acaba por encallar en un farrago de papeles en bibliotecas polvorientas. La palabra oral y el ejemplo vivo son los puntales de la tradición. Si ésta pretende sobrevivir en fuerza únicamente del símbolo y de la palabra escrita, para de fatalidad en religión muerta o en código momificado. Hasta en su parquedad literaria nos deja Pedro Godoy una enseñanza: la de que los fermentos renovadores fluyen por mil cauces ignorados y que hacerlos convergir en un movimiento incontenible no es obra de la letra impresa, con ser útil, sino ante todo, como lo sostenía él de palabra y con su ejemplo, de la firme voluntad de pertenecerse a sí mismo para multiplicar la eficacia de la acción moral, médula invisible y sustentadora de la acción eficazmente revolucionaria.

B A B E L

Revista de Arte y Crítica

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,
Laín Diez y Mauricio Amster (Gerente)

Director: Enrique Espinoza

Precio del número. \$ 10 m/ch.

Suscripción a 6 números. \$ 50 m/ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número. 0,30 u/s.

Suscripción a 6 números. 1,50 u/s.

Toda la correspondencia de B A B E L debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Sigo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

E L L I B R O :

U N R E G A L O D I G N O

Y P E R D U R A B L E . P R E -

F I É R A L O Y E L Í J A L O

E N T R E L A S E D I C I O N E S

N A C I O N A L E S .

C A M A R A D E E D I T O R E S D E C H I L E

NOVELAS DE AUTORES CHILENOS

CASA CON TRES PATIOS, por Guillermo Koenenkampf. Es esta una novela tierna, triste, dulce, amable y realista, escrita en un tono singularmente encantador. \$ 10.—

CARTAS DE LA ALDEA, por Manuel J. Ortiz. Carlos Silva Vildósola dijo de esta obra: «Respira todo el libro un olor a hierbas silvestres, vuela por sus páginas el aroma de los campos y pasa entre ellos el viento de los valles chilenos, cargados de polvo de los caminos escabrosos.» \$ 30.—

CAGLIOSTRO, por Vicente Huidobro. En un estilo rápido, y salpicado de imágenes inesperadas, nos muestra Huidobro, dentro de lo irreal y lo fantástico, la vida de Cagliostro, cobrando perfiles de palpitante vitalidad. \$ 16.—

VIENTO DE MALLINES, por Mariano Latorre. De un tema criollo, como todas las obras de este autor nacional, nos narra Latorre con su maestría reconocida un aspecto interesante del ambiente de nuestra patria. \$ 35.—

LA NOCHE EN EL CAMINO, por Luis Durand. El libro proclamado como el Libro del Mes por el PEN CLUB DE CHILE. El paisaje y el carácter de Chile son el fondo de un cuadro en el que, sobre el cañamazo de nuestros panoramas y los escenarios peculiares de nuestro país, se desarrolla un drama de amor entreverado por conflictos profundamente humanos. \$ 40.—

PUERTO MAYOR Y CHILENOS DEL MAR, por Mariano Latorre. La existencia heroica, misteriosa, doliente y aventurera de los hombres que viven para el mar. Las narraciones de este libro figuran entre las mejores que haya escrito nuestro novelista. \$ 30.—

NO SIRVE LA LUNA BLANCA, por Luz de Viana. El libro aclamado por todos los críticos. Se nos revela una nueva escritora chilena, que contempla el paisaje y los sucesos de nuestra tierra con una mirada original y los expone con cautivante estilo. \$ 45.—

AVENIDA SAN JUAN 128, por Gregorio Amunátegui. Amena y sugestiva es esta novela del nombrado político chileno, que hace sus primeras armas en el campo literario. Es un vivo retrato de la vida en la gran ciudad, con sus agitaciones y sorpresas. \$ 40.—

MARTIN RIVAS, por Alberto Blest Gana. El libro que ha sido y seguirá siendo, por muchos años, la novela favorita de todo un mundo de lectores, por su trama y la simpatía humana de sus tipos y por la justeza y colorido de sus cuadros de costumbres. \$ 25.—

ROTOS, por Lautaro Yankas. La vieja escuela criollista echa de nuevo una rama verde y nos la presenta con jugosa alegría. Junto a otros libros de índole análoga o tema distinto, estos cuentos abren un capítulo brillante en la historia de las letras nacionales. \$ 25.—

EN EL EXTERIOR:
Calcúlese US. \$ 0,04.— por cada peso chileno

En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84-D.

Santiago de Chile